

Homo sapiens

Gioia Fiorella Mariani, Italia, 1971-1974

Por César Ustarroz

Guiado por la sinrazón más terca, más erguido que nunca pero encogido de espíritu, el hombre-masa transita por el drama de la historia desabrigado de sesos, bien pertrechado de costumbres selváticas, reduciendo su relación con el pasado al impulso más dionisiaco. Esta regresión del individuo desconoce la moderación cuando forma manada, cuando concurre en ejército a la llamada de la realidad social, porque solo redoblando su número sabe avenirse a la impetuosa velocidad de los tiempos. Es el triunfo de Baco, la coronación de un *Homo* que insolente repudia la etiqueta de sabio que le colocó Linneo. Así es como el film *Homo sapiens* (Fiorella Mariani, 1971-1974) comienza a describir esta órbita temática, tomando prestadas del *Discurso sobre las ciencias y las artes* las reflexiones de Jean-Jacques Rousseau sobre el hombre en sociedad: “Los hombres que conforman el rebaño llamado sociedad, situados en las mismas circunstancias, harán todos lo mismo si no se lo impiden motivos de fuerza mayor”.

Con tan dilapidadora referencia, la cineasta, escenógrafa y escritora italiana Fiorella Mariani impone el punto de vista de *Homo sapiens*, preludio que dirige nuestra mirada a través de un ensamblaje de metraje encontrado que retrata la fatuidad humana en el devenir del siglo XX. El montaje de documentos visuales procedentes de noticieros de la Pathé y del archivo cinematográfico del Instituto Luce, le sirve a Fiorella para asfaltar la *Via Apia* por la que transcurre el concepto circular de la historia. Esas imágenes preexistentes, dislocadas de sus eventos primigenios, confrontadas ahora en un nuevo discurso, actúan como citas que dan fe del eterno retorno a “la enigmática disposición de las masas técnicamente educadas a caer en el hechizo de cualquier despotismo” (Theodor W. Adorno y Max Horkheimer en *La dialéctica de la ilustración*).

La mecha hacia la autodestrucción la prenden los fuegos de artificio con los que se inaugura la fiesta, el baile... el desfile de máscaras a donde se concurre en grupo para festejar una levedad portadora de felicidad efímera. Comienza la función. Poco más de cuatro minutos de metraje disparan una algarada visual que se sucede a un ritmo frenético. Abundan los primeros planos, los cambios de ángulo y la cámara rápida en la mesa de edición. La banda sonora compuesta por la argentina Beatriz Ferreyra se llena de griterío atronador, tamboriladas, solapamiento de voces y acumulación de cortes de diferentes piezas musicales. Hasta que caen los pilares que sustentan esa civilización que representa el arco romano construido en cartón piedra. Y se celebra danzando, como derviches *tourneurs* que giran sobre la espina dorsal.

Primera pausa. El reflejo en un charco nos devuelve la imagen de una farola solitaria que extingue su luz. Últimas horas del día para presenciar en plano general a unos duelistas que se baten en la gravedad de un silencio solo interrumpido por aullidos de perros: el eco de Hobbes acecha con su *homo homini lupus*. La estocada mortal cierra la secuencia. Es el punto de cambio con el que entramos en una serie de bloques subtemáticos que recrudecen de manera explícita los contrasentidos que gobiernan la conducta humana. Resuena la fanfarria de trompas marcando el *in crescendo* de un montaje paralelo de escenas de caza, maniobras militares y el metraje de un águila

que finalmente se arroja sobre su presa mientras los canes pelean por los despojos, al igual que los soldados que terminan abatiendo a un guerrillero anónimo.

El siguiente acto nos transporta a la vida urbana. La metrópolis es el epicentro de un crecimiento convulsivo que trae aparejada la explotación desmedida de los recursos naturales. Así amanece la ciudad de Roma, suspendida sobre la polución que vomitan las chimeneas de las fábricas. El montaje asociativo reúne ahora imágenes de trabajadores que se afanan por extraer de la tierra y los mares el mineral y los alimentos con los que empujar la maquinaria hacia delante: un sistema que barre todo a su paso. Como el muro que cae provocando una transición de planos por analogía de movimientos, transición a su vez subrayada de un genial encabalgamiento sonoro. Se requieren acciones virtuosas; un equilibrio temerario el que practicamos para sobrevivir, y al mismo tiempo seductor, como el que ejercitan los funambulistas que vemos contorsionar sus cuerpos sobre la ciudad de Nueva York. Allí abajo se aglomera la muchedumbre, entre bocinas de vehículos y las voces atropelladas de los mercaderes que exhiben sus productos. Esta es la atmósfera demente que invita a saltar al vacío, como el suicidio frustrado de un ciudadano con el que este montaje arrítmico llega a su clímax.

Seguidamente asistimos a la botadura de un buque mastodóntico. Toda una premonición de grandes calamidades que alcanzan su cumbre con esa recurrente metáfora de la osadía malograda: el desastre del Hindenburg. Es la hora de llorar a los muertos. De los modestos velatorios, a los más ostentosos funerales de personajes ilustres. Y del duelo tremendista a las nupcias más pomposas, a los banquetes más pantagruélicos. Hasta que las campanas restallan furiosas. Es el tañido de la locura, pues todos esos excesos entrarán en colisión con las imágenes de gentes famélicas contaminadas con la presencia de políticos silenciados por la riqueza sonora del film. Nunca serán suficientes nuestros elogios hacia una banda de audio que rehúsa subordinarse a la imagen. Su valor contrapuntístico es encomiable al caricaturizar la severidad de las imágenes con una amplia plétora de inefables sonidos.

El principio narrativo causa-efecto que desarrolla *Homo sapiens* se manifiesta de forma elocuente en una carrera frenética que desembocará en el ascenso de los totalitarismos y la devastadora guerra. Veremos una reiteración de ideas que se ajustan a la visión cíclica de la historia, a la dimensión insondable del hombre que encontramos en sus deposiciones culturales, en las imágenes del pasado.